

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, lugares o personas reales se ha utilizado con fines meramente ficticios. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor y cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Fifth Gospel*

© 2015, Ian Caldwell

© 2023, de la traducción por Miguel Alpuente Civera

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-62-0

Código IBIC: FV

DL: B 14.894-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Sergi Godia

Impreso en noviembre de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Ian Caldwell

El quinto Evangelio

Traducción de Miguel Alpuente



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

*Para Meredith.
Por fin.*

NOTA HISTÓRICA

Hace dos mil años, dos hermanos partieron de Tierra Santa para predicar la palabra de Cristo. San Pedro viajó a Roma y se convirtió en el fundador simbólico del cristianismo occidental. Su hermano, san Andrés, fue a Grecia y se convirtió en el fundador simbólico del cristianismo oriental. Durante siglos, la Iglesia que ambos ayudaron a crear se mantuvo como una institución única. Pero, hace mil años, el oeste y el este se dividieron. Los cristianos del oeste se convirtieron en católicos, liderados por el sucesor de san Pedro, el papa. Los cristianos del este se convirtieron en ortodoxos, comandados por el sucesor de san Andrés y otros apóstoles, conocidos como «patriarcas». Hoy en día, estas son las confesiones cristianas más extendidas del planeta. Entre ambas existe un pequeño grupo conocido como «católicos orientales», quienes no encajan en ninguna de las anteriores clasificaciones, pues siguen las tradiciones orientales al tiempo que obedecen al papa.

Esta novela se sitúa en 2004, época en la que el papa Juan Pablo II expresa su deseo, justo antes de morir, de unir a católicos y ortodoxos. Es la historia de dos hermanos, ambos sacerdotes católicos, uno occidental y otro oriental.

PRÓLOGO

Mi hijo es demasiado joven para entender el perdón. Por haber crecido en Roma, cree que llega con facilidad: los forasteros hacen cola en los confesionarios de San Pedro esperando su turno para confesarse, y la luz roja que hay sobre cada cubículo va encendiéndose y apagándose, lo que significa que los sacerdotes del interior han acabado con un pecador y están listos para el siguiente. Las conciencias no deben de llegar a ensuciarse tanto como las habitaciones o los platos, piensa mi hijo, puesto que se tarda mucho menos en limpiarlas. De modo que, cada vez que deja correr demasiado tiempo el agua del baño o deja juguetes por el suelo o llega del colegio con barro en los pantalones, Pedro pide perdón. Ofrece sus disculpas como un papa ofrece bendiciones. A mi hijo aún le quedan dos años para su primera confesión. Y hay buenas razones para ello.

Ningún niño puede entender el pecado. La culpa. La absolución. Un sacerdote puede perdonar a un extraño tan rápidamente que un muchacho no se imagina cuán difícil puede serle, en un futuro, perdonar a sus propios enemigos. O a sus seres queridos. Ni siquiera sospecha que a los hombres buenos les resulte a veces imposible perdonarse a sí mismos. Los errores más negros pueden ser perdonados, pero nunca es posible borrarlos. Espero que mi hijo sea siempre ajeno a ese tipo de pecados, mucho más que mi hermano y yo.

Yo nací para ser sacerdote. Mi tío es sacerdote; mi hermano mayor, Simón, es sacerdote; y espero que algún día también Pedro sea sacerdote. No puedo recordar ninguna época en la que yo no viviera en el Vaticano. Ni tampoco la ha habido nunca para Pedro.

Existen dos Vaticanos a ojos del mundo. Uno es el lugar más hermoso de la Tierra: el templo del arte y el museo de la fe. El

otro la fábrica de salchichas del catolicismo, una nación de viejos sacerdotes que mueven el dedo en eterna señal de admonición. Parece imposible que un chico pueda crecer en ninguno de esos dos lugares. Sin embargo, nuestro país siempre ha estado lleno de niños. Todo el mundo tiene hijos: los jardineros del papa, los obreros del papa, los guardias suizos del papa. Cuando yo era niño, Juan Pablo II creía que era necesario disponer de un salario mínimo vital, así que decretó que se subiera el sueldo a las familias por cada nueva boca que alimentar. Nosotros jugábamos al escondite en sus jardines, al fútbol con sus monaguillos, al *pinball* en el piso de arriba de la sacristía de su basílica. Contra nuestra voluntad, acompañábamos a nuestras madres al supermercado y la galería comercial del Vaticano; a nuestros padres, a la gasolinera y el banco del Vaticano. Nuestro país era apenas mayor que un campo de golf, pero hacíamos todo lo que hacen la mayoría de los niños. Simón y yo éramos felices. Normales. En nada diferentes al resto de los muchachos del Vaticano, excepto en una cosa: nuestro padre era sacerdote.

Nuestro padre era un católico griego y no un católico romano, lo que significaba que llevaba una larga barba y una sotana distinta, que celebraba algo llamado «divina liturgia» en lugar de la misa y que se le había permitido casarse antes de ser ordenado. A él le gustaba decir que los católicos orientales éramos embajadores de Dios, intermediarios que podíamos ayudar a reunir a católicos y ortodoxos. En realidad, ser un católico oriental puede parecerse a ser un refugiado en una frontera entre superpotencias hostiles. Mi padre trataba de ocultar la carga que eso le suponía. Hay mil millones de católicos romanos en el mundo y solo unos pocos miles del tipo griego como nosotros, por lo que no debe sorprender que él fuera el único sacerdote casado en un país dirigido por hombres célibes. Durante treinta años, otros sacerdotes vaticanos lo miraron por encima del hombro mientras él despachaba el ingrato papeleo para ellos. Solo al final de su trayectoria pudo obtener un ascenso, pero fue de los que venían acompañados de alas y música de arpa.

Mi madre murió poco después. Cáncer, dijeron los médicos, que realmente no lo entendieron. Mis padres se habían conocido

en los años sesenta, en ese parpadeo de tiempo en el que todo parecía posible. Solían bailar juntos en nuestro apartamento. Tras sobrevivir a una época irreverente, todavía rezaban juntos con sentimiento. La familia de mi madre, católica romana, había nutrido durante más de un siglo la jerarquía vaticana hasta alcanzar las más altas esferas; de modo que, cuando ella se casó con un griego barbudo, ellos la repudiaron. Después de que mi padre muriera, ella me dijo que se le hacía raro seguir teniendo manos, ahora que no había nadie para cogérselas. Simón y yo la enterramos en una parcela contigua a la de mi padre, detrás de la iglesia parroquial del Vaticano. No recuerdo casi nada de aquella época. Solo que día tras día me saltaba las clases y me sentaba en el cementerio con los brazos alrededor de las rodillas, llorando. Entonces Simón aparecía por allí, como salido de la nada, y me llevaba a casa.

Éramos tan solo unos adolescentes, así que quedamos bajo la tutela de nuestro tío, un cardenal del Vaticano. La mejor manera de describir al tío Lucio sería diciendo que poseía el corazón de un niño, conservado en un frasco junto con su dentadura postiza. Por su condición de cardenal presidente del Vaticano, Lucio había dedicado los mejores años de su vida a equilibrar el presupuesto nacional y a impedir que los trabajadores vaticanos formaran un sindicato. Por razones económicas, no estaba de acuerdo con la idea de recompensar a las familias por tener más hijos, con lo cual, aunque hubiera tenido tiempo de criar a los niños huérfanos de su hermana, se habría opuesto por una cuestión de principios. No puso ninguna objeción cuando Simón y yo nos mudamos al apartamento de nuestros padres y decidimos criarnos nosotros mismos.

Yo era demasiado joven para trabajar, por lo que Simón dejó durante un año la universidad y se buscó un trabajo. Ninguno de los dos sabía cocinar ni coser ni arreglar un lavabo, de modo que Simón hubo de aprender todo eso por sí mismo. Era él quien me despertaba para ir al colegio y el que me daba dinero para comer. Me proveía de ropa y de comida caliente. El arte de ser monaguillo lo aprendí enteramente de él. Cada muchacho católico, en las peores noches de su vida, se va a la cama preguntándose si unos animales como nosotros valemos realmente el barro con que Dios nos creó. Pero a mí Dios me envió a Simón para mis

momentos de mayor oscuridad. No sobrevivimos a la infancia juntos. Fue él quien la sobrevivió, mientras que yo la atravesé subido a su espalda. Nunca me ha abandonado la idea de que mi deuda con él era tan grande que nunca podría pagarse, sino únicamente condonarse. Cualquier cosa que pudiera haber hecho por él la habría hecho.

Cualquier cosa.

CAPÍTULO 1

–¿Llega tarde el tío Simón? –pregunta Pedro.

Eso mismo debe de estar preguntándose nuestra ama de llaves, la hermana Helena, mientras observa cómo la merluza de la cena se pasa de cocción en la sartén. Pasan diez minutos de la hora de llegada que nos había anunciado mi hermano.

–No te preocupes por eso –le digo–. Tú ayúdame a poner la mesa.

Pedro no me hace caso. Se encarama más arriba de su silla y, de rodillas, anuncia:

–Simón y yo vamos a ver una película, y luego voy a enseñarle el elefante del Bioparco, y luego me va a enseñar a hacer la ruleta marsellesa.

La hermana Helena arrastra levemente los pies delante de la sartén. Cree que la ruleta marsellesa es algún paso de baile. Pedro está horrorizado. Levantando una mano, con la postura de un mago que echa un conjuro, exclama:

–¡No! ¡Es un regate! Como el que hace Ronaldo.

Simón está volando de Turquía a Roma para una exposición de arte comisariada por uno de nuestros mutuos amigos, Ugo Nogarà. La noche de la inauguración, para la que aún queda casi una semana, será un acontecimiento oficial para el que yo no tendría entrada de no ser por el trabajo que hice con Ugo.

Pero, bajo este techo, vivimos en el mundo de un niño de cinco años. El tío Simón viene a casa para dar lecciones de fútbol.

–Hay otras cosas en la vida –dice la hermana Helena– además de darle patadas a un balón.

La hermana Helena se ha impuesto la responsabilidad de ser la voz femenina de la razón. Mi hijo tenía once meses cuando mi mujer, Mona, nos dejó. Desde entonces, esta anciana y maravillosa monja se ha convertido en mi sistema de soporte vital como padre.

Es un préstamo del tío Lucio, que tiene batallones de monjas a su disposición, y no soy capaz de imaginarme cómo podría arreglármelas sin ella, ya que ni siquiera tengo medios para pagar lo que una adolescente razonable esperaría ganar. Por suerte, la hermana Helena no dejaría a Pedro por nada del mundo.

Mi hijo desaparece en su habitación y vuelve con su reloj despertador digital. Con ese don para ser directo heredado de su madre, lo deja sobre la mesa delante de mí y lo señala.

–Cariño –lo tranquiliza Helena–, el tren del padre Simón debe de venir con retraso.

El tren. No el tío. Porque a Pedro le costaría entender que Simón a veces se olvida del dinero para el billete o pierde la noción del tiempo charlando con extraños. Mona se negó a ponerle a nuestro hijo el nombre de su tío, porque le parecía alguien impredecible. Y, aunque mi hermano tenga el puesto más prestigioso al que puede aspirar un sacerdote joven –es diplomático en la Secretaría de Estado de la Santa Sede, la élite de nuestra burocracia católica–, no es menos cierto que también necesita la mayor cantidad posible de trabajo extenuante. Al igual que los varones de la parte materna de la familia, Simón es un sacerdote católico romano, lo que significa que nunca se casará ni tendrá hijos. Pero, a diferencia de otros sacerdotes vaticanos, que nacieron para trabajar ante un escritorio y criar un respetable perímetro abdominal, él es un alma inquieta. Mona, Dios la bendiga, deseaba que nuestro hijo se pareciera a su padre, siempre fiable, pausado, satisfecho. Así que ella y yo llegamos a un acuerdo con el nombre: en los Evangelios, Jesús se encuentra con un pescador llamado Simón y lo rebautiza como Pedro.

Saco el teléfono móvil y, aprovechando que Pedro inspecciona el contenido de la sartén de la hermana Helena, le envío a Simón un mensaje: «¿Estás ya cerca?».

–La merluza es un pescado –anuncia sin venir a cuento. Está en la fase de clasificarlo todo. Y, además, odia el pescado.

–A Simón le encanta este pescado –le digo–. Lo comíamos mucho de niños.

En realidad, cuando Simón y yo comíamos este plato, era de bacalao y no de merluza. Pero el salario de un sacerdote no da para

más en la pescadería. Y, como Mona a menudo me recordaba al planear este tipo de comidas, mi hermano –que es más alto que cualquier otro sacerdote que haya entre los muros vaticanos– come por dos hombres normales.

Mona ocupa mis pensamientos ahora, más de lo habitual. La llegada de mi hermano siempre parece traer consigo la sombra de la partida de mi esposa. Ambos constituyen los polos magnéticos de mi vida; el uno siempre acecha en la sombra del otro. Mona y yo nos conocimos de niños entre los muros del Vaticano y, cuando volvimos a encontrarnos en Roma, parecía obra de la voluntad divina. Pero nuestro problema era que debíamos empezar la casa por el tejado: los sacerdotes orientales tienen que casarse antes de ser ordenados o ya no podrán hacerlo. Y, en retrospectiva, Mona probablemente necesitaba algo más de tiempo para estar preparada. La vida de una esposa vaticana no es fácil. Seguíó trabajando a tiempo completo casi hasta el mismo día en que dio a luz a nuestro bebé de ojos azules, que comía como un tiburón y dormía aún menos que ese gran pez. Mona lo amamantaba con tanta frecuencia que yo siempre me encontraba la nevera vacía, porque ella no daba abasto para reponer fuerzas.

Solo más adelante comprendí lo que pasaba realmente. La nevera estaba vacía porque Mona había dejado de ir a la tienda de comestibles. Yo no me había dado cuenta porque ella, además, había dejado de comer con la debida regularidad. Rezaba menos. Le cantaba menos a Pedro. Entonces, tres semanas antes del primer cumpleaños de nuestro hijo, desapareció. Descubrí un frasco de píldoras escondido debajo de un tazón, al fondo del armario. Un médico del servicio de salud del Vaticano me explicó que había estado intentando salir de la depresión por su cuenta. «No debemos perder la esperanza», dijo. Así que Pedro y yo esperamos a que Mona regresara. Esperamos y esperamos...

Hoy él asegura que se acuerda de ella. Esos recuerdos, sin embargo, no son más que detalles de las fotografías que ha visto por el apartamento. Pedro les añade color con lo que aprende en los programas de la televisión y los anuncios de las revistas. Todavía no se ha dado cuenta de que las mujeres de nuestra iglesia griega no llevan pintalabios ni perfume. Tristemente, su experiencia

de la Iglesia es casi por entero católica romana: cuando me mira, solo ve a un sacerdote solitario y célibe. Las contradicciones de su propia identidad son todavía cosa del futuro. Pero nunca deja de mencionar a su madre en sus oraciones, como dicen que hacía Juan Pablo II cuando perdió a su madre a una edad temprana. Encuentro consuelo en ese pensamiento.

El teléfono suena por fin. La hermana Helena sonrío cuando me apresuro a responder.

–¿Sí?

Pedro observa, ansioso.

Estoy esperando oír los ruidos de una estación de metro o, peor aún, de un aeropuerto. Pero no es eso lo que oigo. La voz que suena al otro lado es débil. Remota.

–¿Sí? –digo–. ¿Eres tú?

No parece oírme. La recepción es muy mala. Así que deduzco que está más cerca de casa de lo que esperaba. Resulta difícil tener cobertura en suelo vaticano.

–Alex –lo oigo decir.

–¿Sí?

Vuelve a hablar, pero la línea está llena de interferencias. Se me ocurre que quizá se haya desviado a los Museos Vaticanos para ver a Ugo Nogara, que está sufriendo el estrés propio de quien ha de rematar una gran exposición. Aunque yo nunca se lo diría a Pedro, nada sería más típico de mi hermano que detenerse por el camino a ayudar a otra alma.

–Sí –digo–, ¿estás en los museos?

En la mesa de la cena, el suspense está matando a Pedro.

–¿Está con el señor Nogara? –le pregunta a Helena.

Pero al otro lado de la línea algo cambia. Se oye de pronto un fuerte siseo que reconozco como el soplar del viento. Está al aire libre. Y aquí, en Roma, las ráfagas son ahora de tempestad.

Durante un momento, la línea se despeja de ruido.

–Alex, tienes que venir a recogerme.

Su voz me provoca un hormiguelo desagradable en el espinazo.

–¿Ocurre algo? –le pregunto.

–Estoy en Castel Gandolfo. En los jardines.

–No entiendo –respondo–. ¿Qué haces ahí?

El viento interfiere de nuevo y un extraño ruido se cuela por el auricular. Suena como si mi hermano gimiera.

–Por favor, Alex –dice–. Ven rápido. Estoy... estoy cerca de la puerta este, debajo de la villa. Tienes que llegar aquí antes de que lo haga la Policía.

Mi hijo está petrificado, con la vista fija en mí. Veo cómo se le cae la servilleta de papel del regazo y vuela por el aire, como un solideo papal que hubiera arrastrado el viento. También la hermana Helena observa.

–No te muevas de ahí –le digo a Simón. Y me doy la vuelta para que Pedro no vea la expresión que sé que tengo en los ojos. Porque he oído algo que no creo haber percibido nunca en la voz de mi hermano: el miedo.

CAPÍTULO 2

Conduzco hasta Castel Gandolfo en medio de una tormenta que viene del norte. La lluvia cae con furia; las gotas rebotan en los adoquines como pulgas. Al llegar a la autopista, el parabrisas no es más que un tambor que el cielo no deja de golpear. Por todas partes se ven coches que aminoran y aparcan en los arcones. Cuando la constelación de luces rojas se desvanece, mi pensamiento vuelve a centrarse en mi hermano.

De joven, Simón era la clase de chico capaz de subir a un árbol en medio de una tormenta eléctrica para rescatar a un gato desca- rriado. Cierta noche, en la playa de Campania, lo vi nadar hasta un banco de medusas luminiscentes para salvar a una chica a la que había arrastrado la marea. Ese invierno, cuando él tenía quince años y yo once, habíamos quedado en la sacristía de San Pedro, donde él era monaguillo. Se suponía que tenía que llevarme a cortarme el pelo a la ciudad, pero, al salir de la basílica, un pájaro atravesó volando una ventana de la cúpula, a unos sesenta metros de altura, y lo oímos golpearse y caer en la galería. Algo dentro de Simón lo empujaba a comprobar lo sucedido, así que subimos corriendo esos seis millones de peldaños hasta llegar arriba del todo, a una estrechísima cornisa de mármol que giraba sobre el altar mayor. Entre nosotros y el vacío no había más que una barandilla. En la cornisa estaba la paloma, aleteando en círculo, escupiendo pequeñas manchas de sangre. Simón se acercó y la cogió. Entonces alguien gritó:

–¡Alto! ¡No os acerquéis más!

Al otro lado de la cúpula, apoyado en la barandilla, había un hombre. Nos miraba con los ojos inyectados en sangre. De pronto, Simón arrancó a correr hacia él.

–¡No, signore! –le gritó–. ¡No!

El hombre pasó una pierna por encima de la barandilla.

—¡Signore!

Ni aunque el mismo Dios le hubiera dado alas a Simón, podría haber llegado a tiempo. El hombre se inclinó hacia delante y se dejó ir. Lo vimos caer, atravesando el espacio de San Pedro como un alfiler. Oí cómo un guía turístico hablaba allí abajo del «bronce robado del Panteón» y el hombre todavía seguía cayendo, ahora ya más pequeño que una pestaña. Por fin, hubo un grito y una pequeña explosión de sangre. Tuve que sentarme. Las articulaciones de las piernas habían dejado de responder. No recuerdo que volviera a moverme hasta que Simón vino a levantarme.

Nunca he entendido por qué Dios envió un pájaro a través de aquella ventana. Quizá fue para que Simón supiera qué se siente cuando algo se te escapa de entre los dedos. Nuestro padre murió al año siguiente, así que tal vez fuese una lección que no admitía espera. Pero la última imagen que mi memoria conserva de aquel día, antes de que los trabajadores del lugar sacaran a todo el mundo fuera de la iglesia, es la de Simón en aquella cornisa, con los brazos tendidos, paralizado, como si tratara de lanzar de nuevo aquel pájaro al aire, como si aquello no fuera muy diferente de volver a poner un jarrón en un estante.

Aquella tarde, los sacerdotes reconsagraron San Pedro, como hacen cada vez que un peregrino salta. Pero nadie puede reconsagrar a un niño. Dos semanas más tarde, nuestro maestro de coro abofeteó a un chico por desentonar y Simón salió de la fila y le devolvió la bofetada. Tres días estuvieron cancelados los ensayos mientras mis padres trataban de obligar a Simón a disculparse. Él, que había sido la obediencia personificada desde que nació, ahora aseguraba que prefería dejar el coro a pedir disculpas. En el plan maestro donde se traza cómo nos convertimos en los hombres que somos es donde yo ubico el momento fundacional. Todo lo que sé de mi hermano se construye de modo inquebrantable a partir de ese punto.

La década que abarca desde la entrada en la universidad de Simón y el comienzo de su formación diplomática fue un periodo difícil para Italia. Las bombas y los asesinatos de nuestra niñez habían desaparecido casi del todo, pero en Roma había violentas protestas contra un Gobierno en bancarrota que se estaba hun-

diendo bajo el peso de su propia corrupción. En su época universitaria, Simón se manifestó junto con los otros estudiantes. Ya en el seminario, se manifestó en solidaridad con los trabajadores. Cuando lo invitaron a entrar en la carrera diplomática, yo pensaba que esos días habían quedado atrás. Entonces, hace tres años, en mayo de 2001, Juan Pablo II decidió viajar a Grecia.

Era el primer viaje de un papa a nuestra tierra natal en treinta siglos, y a nuestros compatriotas no les hacía ninguna gracia. Casi todos los griegos son ortodoxos y Juan Pablo quería poner fin al cisma entre nuestras Iglesias. Simón fue allí para asistir al acontecimiento. Pero los odios son algo que mi hermano nunca ha entendido. De nuestro padre heredó una inmunidad casi protestante contra el veredicto de la historia. Los ortodoxos culpan a los católicos del maltrato sufrido en cada guerra, desde las cruzadas a la Segunda Guerra Mundial. Culpan a los católicos de haber embaucado a los ortodoxos para que abandonaran su Iglesia ancestral y abrazasen una nueva forma híbrida de catolicismo. La mera existencia de los católicos orientales representa una provocación para algunos ortodoxos. Pese a ello, Simón era incapaz de entender por qué su propio hermano, un cura católico griego, se negaba a acompañarlo en su viaje a Atenas.

Los problemas llegaron incluso antes de que lo hiciera Simón. Cuando corrió la noticia de que Juan Pablo pisaría suelo helénico, los monasterios griegos ortodoxos tocaron a muerto. Centenares de ortodoxos tomaron las calles como protesta, exhibiendo pancartas que decían HERESIARCA y MONSTRUO BICORNE DE ROMA. Los periódicos contaban historias sobre iconos sagrados que habían empezado a sangrar. Se decretó un día de luto nacional. Simón, que lo había organizado todo para dormir en la rectoría de la vieja iglesia católica griega de mi padre, llegó y se encontró con que los reaccionarios ortodoxos habían ensuciado las puertas con una pintada. Según él, la Policía se negaba a ayudar. Mi hermano había encontrado por fin al desvalido al que estaba destinado a defender.

Esa noche, un pequeño grupo de ortodoxos de la línea dura asaltó la iglesia e interrumpió la liturgia. Cometieron el gran error de arrancarle la sotana al párroco y pisotear la antimensa, el lienzo sagrado que convierte una mesa en altar.

Mi hermano mide casi dos metros de estatura. Su sentimiento de compromiso con los débiles y desamparados se ve intensificado por el hecho de saberse más alto y fuerte que cualquier persona con la que se encuentre. Simón recuerda vagamente haber empujado a un ortodoxo para sacarlo del templo cuando intentaba salvar al cura católico griego. El ortodoxo afirmaba que Simón lo había arrojado al suelo; la Policía griega, que le había roto un brazo. Simón fue arrestado. Su nuevo empleador, la Secretaría de Estado de la Santa Sede, tuvo que negociar su regreso inmediato a Roma. Esa fue la razón de que Simón no llegara a ver en persona cómo Juan Pablo se enfrentaba a la misma hostilidad con mucho mayor éxito.

Los obispos ortodoxos griegos pusieron todo su empeño en desairar a Juan Pablo. Él no se quejó. Lo insultaron. Él no se defendió. Exigieron que pidiera perdón por los pecados cometidos por los católicos siglos atrás. Y Juan Pablo, en nombre de los mil millones de almas vivientes y los incalculables católicos muertos, pidió perdón. Los ortodoxos estaban tan asombrados que consintieron en hacer algo a lo que hasta entonces se habían negado: rezar a su lado.

Siempre he tenido la esperanza de que el modo en que Juan Pablo se condujo en Atenas corrigiera el comportamiento de Simón, que constituyera otra lección que le enviaba el cielo. Desde entonces, Simón ha sido un hombre nuevo. Eso es lo que me digo a mí mismo, una y otra vez, mientras conduzco hacia el sur desde Roma y me interno en el núcleo de la tormenta.

En la distancia, Castel Gandolfo empieza a delinearse: una cumbre alargada sobre una insólita llanura de campos de golf y aparcamientos de coches usados que se extienden hacia el sur desde la periferia romana. Hace dos mil años, este era el parque recreativo de los emperadores. Los papas solo llevan unos pocos siglos veraneando aquí, pero es tiempo suficiente para que este territorio se considere una extensión oficial de nuestro Estado.

Al rodear la colina, veo una brigada de carabinieri al pie del acantilado: policías italianos del puesto situado al otro lado de la frontera, compartiendo un pitillo mientras la tormenta desata su furia. Pero las leyes italianas no tienen fuerza legal adonde me

dirijo. No hay rastro de la Policía vaticana bajo esta lluvia torrencial, y su ausencia ayuda a que se aligere un tanto la opresión que me atenaza el pecho.

Aparco mi Fiat donde la ladera se hunde en el lago Albano y, antes de salir a la lluvia, marco un número en mi teléfono. Al quinto tono, me responde una voz bronca:

–*Pronto.*

–¿Pequeño Guido? –digo.

Lanza un bufido.

–¿Quién es?

–Alex Andreou.

Guido Canali es un viejo conocido de mi infancia, el hijo de un mecánico de turbinas del Vaticano. En un país en el que la única cualificación exigida para la mayoría de los trabajos es el parentesco con alguien que, a su vez, tenga trabajo, Guido ha sido incapaz de encontrar mejor ocupación que la de palear estiércol en la vaquería pontificia ubicada sobre esta colina. Siempre anda buscando alguna ayuda financiera y, aunque no sea casualidad que nuestros caminos ya no se crucen, ahora soy yo el que necesita su ayuda.

–Ya no soy el pequeño Guido –dice–. Mi viejo murió el año pasado.

–Siento oírlo.

–Debes de ser el único. ¿A qué debo el honor?

–Estoy en la ciudad y necesito un favor. ¿Podrías abrirme la puerta?

Por su reacción de sorpresa, deduzco que no sabe nada sobre Simón. Otra buena noticia. Hacemos un trato: dos entradas para la próxima exposición, que Guido sabe que podré obtener gracias al tío Lucio. Hasta el vago más orgulloso de nuestro país quiere ver lo que mi amigo Ugo nos tiene preparado. Cuando cuelgo, sigo la oscura pista que asciende por la colina hasta nuestro lugar de encuentro, donde el viento sopla recio y produce el mismo silbido que se oía cuando me ha llamado Simón.

Estoy sorprendido, y en principio aliviado, de no ver nada que indique un problema. En el pasado, cada vez que he ido a recoger a mi hermano a comisaría, había participado en algún tipo de

tumulto. Pero aquí no hay piquetes de lugareños en la plaza, ni trabajadores vaticanos manifestándose por un mejor salario. En el extremo norte de la ciudad, el palacio de verano del papa parece abandonado. En su tejado, las dos cúpulas del Observatorio Vaticano se elevan como los chichones de los personajes de dibujos animados que Pedro ve en la televisión. No hay nada fuera de lugar aquí. Ni siquiera nada que parezca vivo.

Un sendero privado lleva del palacio a los jardines papales, y en la puerta del jardín veo el resplandor de un cigarrillo en el aire, como un hada suspendida sobre un puño negro.

—¿Guido?

—Un tiempo estupendo para una visita, ¿eh? —dice el cigarrillo antes de caer en un charco y morir—. Sígueme.

Cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad, veo que es idéntico a Guido padre: nariz chata y espaldas tan anchas que parecen el caparazón de un escarabajo. El trabajo manual lo ha convertido en hombre. El directorio del Vaticano está atiborrado de personal que Simón y yo conocimos de niños, pero mi hermano y yo somos casi los únicos sacerdotes. El nuestro es un sistema de castas en el que los hombres reemplazan con orgullo a los padres y abuelos que lustraban suelos o arreglaban muebles antes que ellos. Puede resultar duro, sin embargo, ver cómo antiguos compañeros de juego alcanzan una posición más alta, y en la voz de Guido se aprecia un tonillo reconocible cuando abre la cerradura metálica, señala su camioneta y me dice:

—Suba, padre.

Aquí las puertas tienen por objetivo impedir la entrada a los indeseables, y los setos son para impedirles ver dentro. Sendos pueblos italianos se extienden a cada lado de nuestro territorio, pero nadie lo adivinaría. El espinazo de esta colina, de casi un kilómetro de longitud, es el paraíso privado del papa. Su propiedad de Castel Gandolfo es mayor que todo el Vaticano, pero nadie vive aquí, solo algunos jardineros y obreros y el viejo astrónomo jesuita que duerme durante el día. Sus verdaderos habitantes son los árboles frutales de los maceteros y las avenidas de pinos piñoneros, los parterres de flores que se miden por hectáreas y las estatuas de mármol que dejaron los emperadores paganos, ahora instaladas

en los jardines para que Juan Pablo sonría al verlas durante sus paseos estivales. Desde aquí arriba, el paisaje se extiende desde el lago hasta el mar. Mientras bajamos por el sendero no asfaltado del jardín, no hay ningún otro ser viviente a la vista.

–¿Adónde querías ir? –pregunta Guido.

–Déjame en los jardines.

Arquea una ceja.

–¿En medio de esto?

La tormenta es furibunda. Picado por la curiosidad ante lo extraño de mi petición, Guido enciende la emisora de radioaficionado, por si allí se dice algo. Pero nada: solo silencio.

–Mí chica trabaja ahí abajo –dice levantando un dedo del volante para señalar–. En los olivares.

No digo nada. Hago visitas guiadas de este lugar a los recién ingresados en mi viejo seminario, así que durante el día podría reconocer mejor el paisaje. Pero en la oscuridad y bajo esta lluvia torrencial lo único que distingo es la franja de camino que iluminan los faros. Al aproximarnos a los jardines, no se ven camionetas ni coches de policía ni jardineros con linternas que avanzan encorvados contra la lluvia.

–Hace que me suba por las paredes –dice Guido, negando con la cabeza–. Pero, Alex, el culo que tiene esa chica... –Lanza un silbido.

Cuanto más nos internamos en las sombras, mayor es mi sensación de que algo marcha mal, muy mal. Simón debe de estar solo bajo la lluvia. Por primera vez, se me ocurre que quizá esté herido, que podría haber sufrido algún accidente. Sin embargo, por teléfono ha mencionado a la Policía, no ha dicho nada de una ambulancia. Reproduzco mentalmente nuestra conversación, por si he entendido mal alguna cosa.

La camioneta de Guido culea mientras asciende por un camino que atraviesa los jardines hasta llegar al borde de un claro.

–Aquí está bien –le digo–. Voy a bajar.

Guido mira a su alrededor.

–¿Aquí?

Pero ya estoy bajando.

–No te olvides de nuestro trato, Alex –me grita–. Dos entradas para la inauguración.

Estoy demasiado preocupado para responder. Cuando Guido se ha ido, saco el teléfono y llamo a Simón. La cobertura es aquí tan irregular que no se puede confiar en ella. Aun así, durante un momento, oigo sonar otro teléfono móvil.

Camino hacia el sonido, enfocando con la linterna en la distancia. La ladera de la colina se ha tallado en grandes peldaños, tres terrazas monolíticas que descienden sucesivamente hacia el lejano mar. Cada palmo de terreno está plantado con flores dispuestas en círculo, dentro de octágonos que, a su vez, están dentro de cuadrados, sin un pétalo fuera de sitio. Aquí arriba, el espacio es infinito. Me produce una ansiedad atroz.

Estoy a punto de gritar el nombre de Simón al viento, cuando algo aparece ante mi vista. Desde aquí arriba, en la terraza más alta, distingo un seto. El límite más oriental de la propiedad del papa. Justo antes de la puerta, la luz de mi linterna choca contra algo oscuro. Una silueta enteramente vestida de negro.

El viento hace restallar el borde de mi sotana mientras corro hacia allí. La tierra es desigual. Saltan terrones de barro y las raíces de las hierbas sobresalen como patas de araña.

—¡Simón! —le grito—. ¿Estás bien?

No contesta. Ni siquiera se mueve.

Ahora me lanzo hacia él, tratando de mantener el equilibrio sobre el barro resbaladizo. La distancia entre nosotros mengua. Pero sigue sin hablar.

Llego ante él. Mi hermano. Lo toco con las manos y le hablo:

—¿Estás bien? Dime que estás bien.

Está empapado y pálido. El cabello húmedo parece pintado en la frente, como el de una muñeca. La sotana negra se le pega a los músculos fibrosos como la piel tirante de un caballo de carreras. Las sotanas son la antigua vestimenta que en el pasado llevaban todos los curas romanos, antes de que se pusieran de moda los pantalones y las chaquetas negras. Aquí, en esta oscuridad y sobre la figura amenazadora de mi hermano, esa vestimenta crea un efecto casi macabro.

—¿Qué pasa? —pregunto, porque él todavía no me ha contestado.

Tiene una mirada distante, remota. Clava la vista en algo que hay en el suelo.

Sobre el barro se ve un largo abrigo negro. El sobretodo de un sacerdote romano. Una greca, así llamada por su semejanza con la sotana de un sacerdote griego. Debajo hay un bulto.

Nada de lo que pudiera haber imaginado se acerca a esta situación. Al final del bulto se ven un par de zapatos.

–Dios mío –susurro–. ¿Qué es eso?

La voz de Simón suena tan áspera que se le quiebra.

–Podía haberlo salvado –dice.

–Sy, no entiendo. Dime qué está pasando.

No puedo apartar la vista de esos mocasines. Hay un agujero en una de las suelas. Algo me corroe, como si una uña me arañara el interior del cerebro. Varios papeles han volado hasta la alta valla que separa la propiedad papal de la carretera fronteriza. La lluvia los ha pegado a la malla metálica como si fueran papel maché.

–Me había llamado –murmura Simón–. Yo sabía que estaba en apuros. He venido lo antes posible.

–¿Quién te había llamado?

Pero las palabras van cobrando significado poco a poco. Ahora sé qué era lo que me corroía. El agujero que veo en esos mocasines me resulta familiar.

Retrocedo. Siento un nudo en el estómago. Se me agarrotan las manos.

–¿C-cómo...? –tartamudeo.

De súbito, aparecen luces moviéndose en el camino del jardín, en dirección a nosotros. Van por pares, y no son mayores que perdigones. Cuando se acercan, resultan ser vehículos policiales.

Gendarmes vaticanos.

Me arrodillo con manos temblorosas. En el suelo, junto al cuerpo, hay un maletín abierto. El viento no cesa de agitar los papeles del interior.

Los gendarmes comienzan a correr hacia nosotros, ordenándonos a gritos que nos apartemos del cuerpo. Pero yo extendiendo el brazo y hago lo que dicta mi instinto. Necesito ver.

Cuando retiro la greca de Simón, los ojos del muerto están completamente abiertos. La boca, torcida. La lengua empuja el interior de la mejilla. En el rostro de mi amigo se dibuja una mueca

de hastío. La sien tiene un agujero negro por el que se escapa un nódulo rosado de carne.

Las nubes se ciernen sobre nosotros. Simón me agarra y tira de mí hacia atrás.

–Apártate –me dice.

Pero yo no puedo apartar la vista. Veo los bolsillos del traje por fuera. Una franja de piel blanca sin el reloj de pulsera que la cubría.

–Apártese, padre –dice un gendarme.

Finalmente, me doy la vuelta. La cara del gendarme parece un puño americano de cuero. Por esos ojos como cabezas de alfiler, por el cabello blanco como escarchado, reconozco perfectamente al inspector Falcone, jefe de la Policía vaticana. El hombre que corre junto al coche de Juan Pablo II.

–¿Quién de ustedes es el padre Andreou? –pregunta.

Simón se adelanta y responde:

–Ambos lo somos. Pero quien los ha llamado he sido yo.

Me quedo mirando a mi hermano, intentando comprender la situación.

Falcone señala hacia uno de sus agentes.

–Vaya con el agente especial Bracco. Cuénteles todo lo que ha visto.

Simón obedece. Mete la mano en el bolsillo de su greca para coger la billetera, el teléfono y el pasaporte, pero deja el abrigo sobre el cuerpo. Antes de seguir al agente, dice:

–Este hombre no tiene familiares cercanos. He de asegurarme de que se le enterra como es debido.

Falcone entorna los ojos. Es una declaración extraña. Pero viene de un cura, así que la acepta.

–Padre –le dice–, ¿conocía a este hombre?

Simón responde con voz débil:

–Era mi amigo. Se llamaba Ugolino Nogara.

CAPÍTULO 3

El policía se lleva a Simón lo bastante lejos como para que no se les oiga hablar mientras yo observo cómo el resto de los gendarmes cierran el claro con cinta policial. Uno de ellos estudia la valla de dos metros y medio que se extiende junto a la vía pública, intentando comprender cómo un extraño puede haber entrado en los jardines. Otro observa una cámara de seguridad colocada en alto. La mayoría de los gendarmes han sido polis de ciudad en otra vida. Departamento de Policía de Roma. Sin duda, se han dado cuenta de que a Ugo le han robado el reloj, de que su billetera ha desaparecido y de que el maletín ha sido forzado. Sin embargo, continúan fijándose en los detalles como si algo no encajara.

En estas colinas, la gente siente un amor desmedido por el santo padre. Los residentes cuentan historias sobre papas que llamaban a sus puertas para asegurarse de que todas las familias de la ciudad tenían un pollo en su cazuela. Los más veteranos se llaman Pío en honor al papa del mismo nombre, que ayudó a que sus familias no sufrieran daño durante la guerra. No son los muros los que protegen este lugar, sino los lugareños. Un robo aquí se antoja imposible.

—¡Arma! —oigo gritar a uno de los agentes.

Está en la boca de un túnel, una gigantesca vía construida para que un emperador romano pasara después de las comidas bajo techado. Otros dos gendarmes corren hacia la abertura, guiados por un par de jardineros. Se oyen gruñidos de queja. Algo grande se desploma. Pero, sea lo que sea lo que había allí, no es el arma que la Policía esperaba encontrar.

—Falsa alarma —ruge uno de ellos.

Siento un estremecimiento en el pecho. Cierro los ojos. Me embarga una oleada de emoción. Ya había visto morir antes. En

el hospital en el que Mona trabajaba de enfermera, yo solía administrar la unción de enfermos, rezar por los moribundos. Aun así, me resulta difícil digerir ese sentimiento.

Se acerca un gendarme; toma fotografías de las huellas marcadas en el barro. Ahora, en estos jardines hay policías por todas partes. Pero mis ojos vuelven a Ugo.

¿Qué lugar especial ocupa en mi corazón? Su exposición lo convertirá, ahora a título póstumo, en uno de los hombres más célebres de Roma, y yo podré decir que he tenido algo que ver en ello. Pero lo que me ganó el corazón fueron las cicatrices de sus batallas. Las gafas que nunca tuvo tiempo de arreglarse. Los agujeros de sus zapatos. La torpeza que desapareció en cuanto comenzó a hablar de su gran proyecto. Incluso su afición obsesiva, incurable, por la bebida. Nada en la Tierra le importaba, salvo su exposición, y a ella le prodigaba cada uno de sus pensamientos. Existía para ese acontecimiento futuro. Es de ahí, soy consciente de ello, de donde nacen mis sentimientos por él. Como un padre con su hijo: así era Ugo con esta exposición.

Simón regresa seguido por el gendarme que lo ha interrogado. Mi hermano tiene la mirada perdida, los ojos llorosos. Espero a que diga algo, pero es el agente quien habla.

–Son libres de irse, padres –dice.

Pero acaba de llegar la bolsa para el cadáver. Ninguno de los dos nos movemos. Dos gendarmes colocan a Ugo en la bolsa y tiran de los bordes que lo rodean. La cremallera se cierra con un ruido como de terciopelo rasgado. Empiezan a llevárselo cuando Simón grita:

–Alto.

Los policías se giran.

Simón levanta una mano y dice:

–Inclina, oh, Jehová, tu oído y escúchame.

Los dos gendarmes dejan la bolsa en el suelo. Todo el que alcanza a oír, cada policía, cada jardinero, cada hombre con independencia de su clase social, se lleva la mano al sombrero y se lo quita.

–Humildemente te pido –continúa Simón– que te apiades del alma de tu siervo Ugolino Nogara, a quien has llamado para que deje este mundo y alcance una región de paz y de luz. Permítele

participar de la herencia de tus santos. Por Cristo Nuestro Señor, amén.

En mi corazón, añado esas dos palabras griegas esenciales, las más sucintas y poderosas de todas las oraciones cristianas.

«*Kyrie, eleison*».

«Señor, ten piedad».

Los sombreros cubren de nuevo las cabezas. La bolsa vuelve a levantarse. Adondequiera que vaya, se va.

Siento una inmovilidad dolorosa entre las costillas.

Ugo Nogara ha muerto.

Cuando llegamos al Fiat, Simón abre la guantera y busca a tientas con la mano. Con voz débil, dice:

–¿Dónde está mi paquete de cigarrillos?

–Lo tiré.

La pantalla de mi móvil me dice que la hermana Helena ha llamado dos veces. Pedro debe de estar frenético de preocupación. Pero aquí no hay suficiente cobertura para llamar.

Simón se rasca el cuello nerviosamente.

–Ya compraremos más cuando volvamos –le digo–. ¿Qué ha ocurrido ahí?

Suelta aire por la comisura de los labios, una bocanada de humo invisible. Veo que con la mano derecha se aprieta la parte superior del muslo derecho.

–¿Estás herido? –pregunto.

Niega con la cabeza, pero se recoloca para que la pierna esté en posición más cómoda. Mete la mano izquierda en la otra manga de la sotana, hundiéndola en los puños vueltos que los curas usan como bolsillos. De nuevo está buscando cigarrillos.

Le doy al contacto. Cuando el Fiat da señales de vida, me inclino hacia delante y beso el rosario que Mona colgó del retrovisor hace ya mucho tiempo.

–Pronto llegaremos a casa –digo–. Cuando estés listo para hablar, me lo dices.

Asiente, pero no dice nada. Tamborileando con la punta de los dedos en los labios, sigue mirando el claro donde Ugo ha perdido la vida.

Podríamos llegar a Roma más rápido cruzando los Alpes montados en elefantes. El viejo Fiat de mi padre marcha con un solo cilindro, el único restante de los dos de origen. Actualmente hay cortacéspedes con más potencia que este coche. El dial de la radio se ha quedado anclado en el 105 FM, Radio Vaticano, que está emitiendo el rosario. Simón coge la sarta de cuentas del retrovisor y empieza a pasarlas entre los dedos. La voz de la radio dice: «Poncio Pilatos, queriendo complacer a la multitud, hizo flagelar a Jesús y lo entregó para que lo crucificaran». Esas palabras dan paso a las oraciones habituales –un padrenuestro, diez avemarías, un gloria– y con ellas Simón se hunde en una remota contemplación.

–¿Por qué iba nadie a robarle? –pregunto, incapaz de soportar el silencio.

Ugo no tenía prácticamente nada que valiera la pena. Llevaba un reloj de pulsera barato. El contenido de su billetera apenas daría para pagar el billete de vuelta a Roma en tren.

–No lo sé –contesta Simón.

La única vez que vi a Ugo con un fajo de billetes fue cuando cambió dinero en el aeropuerto después de un viaje de negocios.

–¿Volvíais los dos en el mismo avión? –pregunto.

Ambos estaban trabajando en Turquía.

–No –responde distante Simón–. Él regresó hace dos noches.

–¿Qué estaba haciendo allí?

Mi hermano me echa una breve mirada, como si tratara de extraer algún significado de un galimatías.

–Preparar su exposición –contesta.

–¿Y por qué tendría que venir aquí, a los jardines?

–No lo sé.

Existen unos cuantos museos y yacimientos arqueológicos en estas colinas, en el territorio italiano que rodea la propiedad del papa. Ugo podría haber estado investigando allí, o haberse encontrado con otro comisario de exposiciones. Pero esos lugares, por estar al aire libre, habrían cerrado al estallar la tormenta y Ugo se habría visto obligado a buscar refugio.

–La villa de los jardines –digo–. Quizá era allí adonde iba.

Simón asiente. La voz de la radio dice: «Y pusieron sobre su ca-

beza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, le escarnecían, diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos!». Comienza la segunda ronda de oraciones y Simón la sigue, dejando marcas de suciedad en las cuentas al pasarlas bajo el pulgar. Nunca ha sido un cura quisquilloso, pero sí limpio y ordenado. Mientras el barro se le seca sobre la piel, observa las telarañas de grietas que se van formando en ella y las escamas de suciedad que arranca el rosario.

Nos recuerdo a los dos, sentados igual que ahora poco después de nacer Pedro, la noche en que llevé a Simón al aeropuerto cuando le dieron su primer destino en el extranjero. Escuchábamos la radio, observando los aviones que emprendían el vuelo sobre nuestras cabezas y dejaban estelas similares a ángeles. Mi hermano creía que la diplomacia era una labor divina, que las mesas de negociación eran el lugar donde habían de morir los odios religiosos. Cuando aceptó un puesto en la parte más humilde de Bulgaria, en la que menos de una persona de cada cien es católica, el tío Lucio dijo retorciéndose las manos que, para el caso, casi mejor que Simón trabajara para el grupo de presión porcino de Israel. Pero tres de cada cuatro búlgaros son cristianos ortodoxos y, desde su viaje a Atenas, mi hermano tenía el proyecto de promover la reconciliación de las dos mayores Iglesias de la Tierra. Esa clase de idealismo siempre había sido el gran pecado de Simón. En nuestra Secretaría de Estado, los religiosos ascienden siguiendo un calendario fijo –los obispos, al cabo de diez años; los arzobispos, al cabo de veinte–, lo cual explica por qué muchos de los ciento cincuenta cardenales del mundo son hombres de la Secretaría. Pero los que no llegan a cumplir esos términos suelen ser quienes se ven frenados por sus buenas intenciones. Tal como le advirtió Lucio, un marajá debe elegir entre liderar a su pueblo o ir limpiando la suciedad que deja su elefante. En esa metáfora, Mona, Pedro y yo éramos el elefante. Simón tenía que desvincularse de nosotros antes de que su sentido del deber lo frenara.

Pero entonces a Simón lo destinaron a Turquía y Dios puso en su camino otra obra de caridad: Ugo Nogara. Una oveja descarriada. Un alma frágil que se debatía por lograr la obra maestra de su vida. Así que puedo imaginar lo que mi hermano siente en

este momento, una angustia similar a la que yo experimentaría si le hubiera ocurrido algo a Pedro.

–Ugo está en un buen lugar –le recuerdo.

Esa es la convicción que ayudó a dos muchachos a sobrevivir a la muerte de sus padres. Más allá de la muerte, hay vida; más allá del sufrimiento, paz. Pero la herida está aún demasiado fresca para que Simón pueda asimilar la muerte de Ugo. No está pasando las cuentas con el pulgar, sino que aprieta fuertemente el rosario con la mano.

–¿Qué te ha preguntado el gendarme? –digo.

Tiene arrugas bajo los ojos. No distingo si los entorna para ver en la distancia o si los pocos años en la Secretaría han dejado esa huella en un hombre que solo acaba de pasar la treintena.

–Me ha preguntado por el teléfono –contesta.

–¿Por qué?

–Para saber a qué hora me había llamado Ugo.

–¿Qué más?

Se queda mirando el teléfono que tiene en la mano.

–Si he visto a alguien más en los jardines.

–¿Y has visto a alguien?

Su mente debe de estar sumida en la oscuridad, porque solo emite una débil respuesta:

–A nadie.

En mi cabeza se mezclan pensamientos deslavazados. Castel Gandolfo se queda muy tranquilo durante el otoño. El papa deja su residencia de verano y regresa al Vaticano, así que los guardias suizos y los gendarmes no mantienen destacamentos en estos terrenos. Los lugares más turísticos se vacían en cuanto cae la tarde, porque el último tren del día a Roma sale antes de las cinco y, a poco que se parezcan los carteristas de aquí a los de Roma, sin duda se volverán más agresivos una vez que las presas fáciles hayan desaparecido. Durante un segundo, me atormenta la imagen de Ugo bajo la lluvia, en la plaza vacía de la ciudad, cazado por uno de ellos.

–Había un puesto de carabineros justo al otro lado de la carretera –digo–. ¿Por qué Ugo no los ha llamado?

–No lo sé.

Quizá lo hizo y se negaron a cruzar la frontera vaticana. Y si Ugo ha intentado llamar a nuestro número de emergencias del Vaticano, el 112, dudo que haya podido contactar desde aquí.

—¿Qué te ha dicho por teléfono? —sigo preguntando.

Simón levanta la mano.

—Por favor, Alex. Necesito un poco de tiempo.

Se repliega en sí mismo, como si el recuerdo de la llamada telefónica le resultara especialmente doloroso. Simón debía de estar volviendo del aeropuerto cuando la recibió. Tal vez le ha dicho al chófer que se desvíe de inmediato y, aun así, no ha llegado a tiempo.

Recuerdo cómo volé a casa en cuanto lo llamé para contarle que Mona me había dejado. Prometió quedarse el tiempo que fuera preciso hasta que yo volviera a ser persona. Fueron seis semanas. Lucio le rogó que regresara a la embajada. En lugar de hacerlo, Simón me ayudó a empapelar Roma con carteles, a llamar a familiares y amigos, a cuidar de Pedro mientras yo vagaba por la ciudad lleno de autocompasión, visitando los lugares en los que me había enamorado de mi mujer. Después, cuando ya había vuelto a Bulgaria, nuestro buzón empezó a llenarse de sobres dirigidos a Pedro, cada uno con fotografías tomadas en la capital: un hombre al que se le volaba el peluquín por la brisa de la ciudad; un acordeonista con un mono; una ardilla sobre una montaña de castañas. Pedro empapeló con ellas las paredes de su habitación. El ritual de leer las cartas me permitió recomenzar la relación con mi hijo. Fue entonces cuando entendí lo que Lucio había querido decir. Mientras Simón sacaba esas fotografías, sacerdotes de menor valía escalaban posiciones. Por fin, le dije que Pedro y yo habíamos superado ya lo peor. No más cartas. Por favor.

Las luces de la ciudad han empezado a derramar su colorido sobre nosotros. Los ojos de Simón se mueven, abarcando la vista que se extiende al otro lado del parabrisas. Ha pasado más de un mes desde que tuvo ante sí el perfil de la ciudad, más de un mes desde la última vez que respiró el aire romano. Esta noche se suponía que debía ser la del regreso al hogar.

En tono tranquilo, le pregunto:

–¿Has visto si alguna de las puertas del jardín estaba abierta?

Pero no parece oírme.

El edificio de apartamentos del Vaticano en el que Simón y yo crecimos, y en el que sigo viviendo con Pedro, se llama «palacio Belvedere», porque en italiano le puedes llamar palacio a todo. El nuestro es una ratonera de ladrillo construida hace cien años por el papa, que se cansó de ver amas de casa y niños en sus escaleras privadas. *Belvedere* significa «bella vista», pero tampoco es que nosotros dispongamos de ninguna; solo tenemos el supermercado vaticano a un lado y el aparcamiento vaticano al otro. Una vivienda para empleados: eso es lo que es.

Nosotros vivimos en el último piso, enfrente de los Hermanos de San Juan de Dios, que regentan la farmacia vaticana de la planta baja. Desde algunas ventanas, alcanzamos a ver la parte de atrás de los aposentos de Juan Pablo en el palacio papal, que sí es un *palazzo* de verdad, eso nadie lo pondría en duda. En el pequeño aparcamiento trasero, un gendarme se dedica a aquello a lo que Dios destinó a los policías vaticanos: comprobar que los coches tienen permiso de aparcamiento. Estamos en casa.

–¿Quieres que le pida al hermano Samuel un paquete de cigarrillos? –le pregunto mientras subimos las escaleras.

La mano de Simón está temblando.

–No, no lo despiertes. Guardo una reserva en alguna parte.

Un segundo gendarme, al cruzarse con nosotros en la escalera, no puede evitar darse cuenta del aspecto desastroso de Simón. Con todo, el respeto le hace desviar la mirada.

Me detengo.

–Agente –suelto de golpe, dando media vuelta en los peldaños–, ¿qué hace usted aquí?

Nos mira desde abajo. Es un cadete con ojos de niño.

–Padres... –Retuerce la gorra del uniforme–. Ha habido un incidente.

Pero yo estoy ya subiendo las escaleras a toda velocidad.

La puerta de mi apartamento está abierta. Tres hombres se apiñan en la sala de estar. En la cocina, hay una silla caída, un plato de comida desparramado por el suelo.

—¿Dónde está Pedro? —grito—. ¿Dónde está mi hijo?

Los hombres se giran. Son hermanos hospitalarios del apartamento vecino, vestidos aún con batas blancas sobre el hábito negro tras su jornada en la farmacia. Uno de ellos señala el pasillo, hacia los dormitorios. No dice nada.

Estoy confuso. En el pasillo se ve un aparador volcado. El suelo de madera está lleno de papeles. El icono de mi padre del Niño Jesús me mira fijamente, inocente y frágil. Su marco de arcilla roja se ha roto al caer. Detrás de la puerta del dormitorio se oye sollozar a una mujer.

La hermana Helena.

Abro de golpe la puerta del dormitorio: los dos están allí, acurrucados en la cama. Pedro se recuesta en el regazo de Helena, protegido entre sus brazos cruzados. Frente a ellos, en la cama en la que Simón dormía de niño, hay un gendarme tomando notas.

—Más alto, supongo —está diciendo la mujer—, pero no he llegado a verlo bien.

El gendarme levanta bruscamente la vista hacia Simón, que ha entrado detrás de mí, gigantesco y estragado por la tormenta.

—¿Qué ha pasado? —digo corriendo hacia ellos—. ¿Estás herido?

—*Babbo!* —exclama Pedro, liberándose de los brazos de mi ama de llaves para venir hacia mí.

Tiene la cara enrojecida e hinchada. En cuanto llega a mis brazos, empieza a llorar de nuevo.

—Ay, gracias a Dios —exclama la hermana Helena levantándose de la cama para darme la bienvenida.

Pedro tiembla entre mis brazos. Lo toco, buscando heridas.

—No tiene nada —susurra Helena.

—¿Qué ha ocurrido?

La hermana se tapa la boca con la mano. Las bolsas que tiene bajo los ojos se aflojan.

—Un hombre —dice—. Ha entrado.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Estábamos en la cocina. Cenando.

–No lo entiendo. ¿Cómo ha entrado?
–No lo sé. Lo hemos oído en la puerta y, de pronto, estaba dentro.
Me vuelvo hacia el gendarme.
–¿Lo han cogido?
–No. Pero estamos deteniendo a todos los que intentan cruzar la frontera.

Estrecho a Pedro contra mí. Así que, después de todo, el agente del aparcamiento no estaba comprobando permisos.

–¿Qué buscaba? –le pregunto.
–Lo estamos investigando –me contesta el gendarme.
–¿Han robado en algún otro apartamento?
–No, que sepamos.

No he oído nunca que hayan robado en este edificio. Los delitos menores son casi inexistentes en nuestra ciudad vaticana.

Pedro se frota la nariz contra mi cuello y susurra:

–He tenido que esconderme en el armario.
Le acaricio la espalda y le pregunto a Helena:
–¿Le sonaba ese hombre de algo, hermana?

La ciudad es pequeña. La hermana Helena vive en un convento, pero Pedro y yo conocemos a casi todos los que habitan entre estos muros.

–Ni siquiera he podido verlo, padre –responde–. Golpeaba la puerta con tanta fuerza que cogí a Pedro de la silla y me lo traje aquí.

Dudo.

–¿Golpeaba la puerta?

–Y gritaba y sacudía el picaporte. Ha conseguido entrar mientras yo todavía me estaba llevando a Pedro. Es un milagro que llegáramos a tiempo a la habitación.

El corazón me late con violencia. Me dirijo al gendarme:

–Entonces, ¿no era un robo?
–No sabemos qué era, padre.
–¿Ha intentado hacerles daño? –le pregunto a Helena.
–Echamos el cerrojo de la habitación y nos escondimos en el armario.

Bajo la cabeza y veo que mi hijo no deja de mirar a la figura pálida y embarrada de su tío. Ambos tienen la cara alterada por la conmoción.

–Pedro –le digo acariciando la espalda rígida–, no pasa nada. Estás a salvo. No va a pasar nada malo.

Pero él y Simón se han quedado como congelados en una expresión estremecedora. Sus ojos azules relampaguean cuando se miran el uno al otro. Hay algo salvaje en la mirada de mi hermano, algo que trata de controlar, en vano.

–Hermana Helena –repito en un susurro–, ¿ha intentado hacerles daño, a cualquiera de los dos?

–No. Ni nos ha prestado atención. Lo hemos oído moverse por la casa.

–¿Qué estaba haciendo?

–Parecía como si hubiera entrado en su habitación. Los llamaba por sus nombres.

Aprieto más a Pedro, estrechando su rostro contra mi hombro.

–¿Qué nombres?

–El suyo y el del padre Simón.

Siento un estremecimiento. Percibo la mirada del gendarme, calibrando mi reacción.

–Padre –dice–, ¿puede arrojar alguna luz sobre este asunto?

–No. Por supuesto que no. –Me vuelvo hacia Simón–. ¿Se te ocurre algo a ti?

Mi hermano tiene una mirada distante. Solo dice:

–¿A qué hora ha pasado?

Hay un matiz perturbador en su voz. Me transmite algo que al principio parece irracional, pero que luego se extiende como una mancha de tinta sobre mis pensamientos. Me pregunto si este ataque puede tener algo que ver con lo que le ha pasado a Ugo. Si la persona que ha matado a Ugo podría haber venido aquí después.

–Ha ocurrido solo unos minutos después de que se hubiera ido el padre Alex –dice Helena.

Castel Gandolfo está a más de treinta kilómetros de aquí. A cuarenta y cinco minutos en coche. Es casi imposible que la misma persona pudiera llevar a cabo ambos ataques. Y tampoco se me ocurre ninguna razón para que lo hiciera. Lo único que nos relaciona con Ugo es el trabajo que hicimos para su exposición.

Simón hace un gesto hacia el armario.

–¿Cuánto tiempo habéis estado ahí?

–Un montón –responde Pedro, agradecido. Al menos hay alguien que presta atención a su sufrimiento.

Pero la mirada de Simón se desvía hacia la ventana.

–¿Más de cinco minutos? –pregunto yo, intuyendo lo que mi hermano quiere saber.

–Mucho más.

El gendarme, entonces, no ha sido sincero con nosotros. Desde la puerta de este apartamento hasta la frontera solo se tarda un minuto corriendo. Esta noche ya no van a atrapar a nadie en las puertas.

El agente cierra su cuaderno de notas y se pone de pie.

–Hay un coche esperándola abajo, hermana. No debería ir andando sola a casa en la oscuridad.

–Gracias –dice Helena–, pero esta noche me quedaré aquí. Por el bien del niño.

El policía abre la puerta un poco más.

–Su priora espera que vuelva. Y hay un chófer esperándola en la entrada, listo para acompañarla por la escalera.

La hermana Helena es una anciana tozuda, pero no puede permitir que Pedro la vea discutir con la Policía. Le da al niño un beso de buenas noches. Su mano, llena de manchas de vejez, tiembla cuando le acaricia la mejilla.

–La llamaré después –le digo–. Tengo algunas preguntas más.

Asiente, pero ya no dice nada. Pedro se resguarda más entre mis brazos cuando ella se marcha. Sus dedos se aferran a la orilla de la camiseta de fútbol con la que va a todas partes. Su babero rojo está manchado de lágrimas medio secas. Mientras lo acuno, veo el baúl colocado contra la puerta del armario. La hermana Helena ha debido salir antes del armario para telefonar a los gendarmes y, por su seguridad, habrá dejado a Pedro allí dentro. Así pues, mi hijo ha estado acurrucado solo en un armario oscuro.

Al sentirlo jadear en mi cuello, caigo en la cuenta de que pasa media hora de su hora de acostarse. Percibo su fatiga por cómo deja caer el peso de su cuerpo.

–¿Quieres beber alguna cosa? –le susurro.

Vamos a la cocina y me señala el plato hecho añicos sobre los azulejos.

–He sido yo –me dice–. Sin querer.

Levanto la silla volcada. Helena debe de haberlo arrancado de la silla, con los casi veinte kilos que pesa ya. Cojo de un estante una Fanta de naranja, una bebida reservada para las ocasiones especiales. Es la favorita de Pedro desde que vio al cardenal Ratzinger beberse una en la Cantina Tirolese de la ciudad. Mientras hunde la cara en el vaso de plástico, yo observo por encima de su hombro el desbarajuste del pasillo. Se extiende en dirección a mi dormitorio. Por alguna razón, se salta el de Pedro. Eso parece confirmar el relato de los hechos de Helena.

–Fuera hay tormenta –dice Pedro, emergiendo de la laguna naranja.

Asiento distraído. Quizá está pensando en el hombre, el intruso, que ahora estará ahí fuera, porque no lo han cogido. Veo al gendarme, que regresa después de echar un vistazo a mi habitación. Cuando pasa por delante de la puerta de Pedro, aparece Simón. El gendarme pregunta alguna cosa, pero mi hermano contesta:

–No. Mi sobrino ya lo ha pasado bastante mal esta noche.

–¿*Babbo*? –dice Pedro.

Me giro. Él espera en actitud expectante.

–¿Sí?

–He preguntado si el coche se había estropeado por la lluvia.

Tardo un segundo en comprender. Se está preguntando por qué Simón y yo hemos llegado tarde a casa. Por qué la hermana Helena y él estaban solos cuando ha entrado el hombre.

–Pues... es que hemos pinchado una rueda.

El Fiat se estropea a menudo. Pedro ya es casi una autoridad en pérdidas de aceite y alternadores defectuosos. A veces me preocupa que se esté convirtiendo en una enciclopedia de desgracias.

–Muy bien –dice mirando cómo su tío cierra la puerta después de que haya salido la Policía.

Ahora el apartamento vuelve a ser nuestro. Cuando Simón se sienta junto a su sobrino, su estatura tranquiliza a Pedro, que se adelanta hasta el borde del asiento como una mariposa que tomara el sol sobre una rama.

–Volverán mañana. –Es todo lo que Simón nos ofrece.

Asiento. Lo que ahora debemos abordar no puede discutirse delante de Pedro.

Mi hermano pone una manaza en la cabeza de su sobrino y le alborota el pelo. Su sotana va dejando un rastro de barro seco por todas partes.

–¿Has tenido que levantar el coche? –pregunta Pedro.

–¿Cómo?

–Al cambiar la rueda –dice Pedro.

Simón y yo cruzamos la mirada.

Simón balbucea confuso:

–No, he usado un...

Chasquea con los dedos.

–¿Gato? –completa Pedro.

Simón asiente y se levanta de golpe.

–Oye, Pedro, tengo que lavarme, ¿vale? –Me echa una mirada y añade–: *Ubi dormiemus?*

Latín. Para que Pedro no lo entienda. Significa: «¿Dónde vamos a dormir?».

Lo que quiere decir que él y yo estamos de acuerdo. Tal vez no sea seguro quedarse aquí.

–¿El cuartel de los guardias suizos? –sugiero. El lugar más seguro de nuestro país, después de los aposentos de Juan Pablo.

Simón asiente y se arrastra hasta la ducha, esforzándose al máximo en disimular una leve cojera.

Cuando sale, le digo a Pedro que coja su pijama favorito. Luego enciendo nuestro ordenador y espero con impaciencia a que la vieja CPU busque los mensajes de correo intercambiados con Ugo. Estoy intranquilo. Aguzo los oídos para percibir cualquier ruido fuera, en el pasillo.

Aparecen dos docenas de mensajes. Todos son de este verano. El último, de hace dos semanas, es el que busco. Al releerlo, me pregunto si mis ojos me están jugando una mala pasada. Ahora mismo es muy probable que tenga algo nublado el juicio. Pero, cuando oigo los consabidos golpes del agua, que se atasca en las tuberías, lo imprimo y me guardo la hoja doblada en la sotana, tras lo cual voy a reunirme con Simón en el dormitorio que una vez compartimos Mona y yo.

Lo encuentro a punto de arrojar la sotana al cesto de la ropa

sucia que nuestra madre bordó con las palabras del Génesis 1, 4: Y SEPARÓ DIOS LA LUZ DE LAS TINIEBLAS. Parece incluso más agitado que antes. Yo me siento igual. Estoy empezando a cobrar conciencia de que Pedro ha corrido peligro, de que la hermana Helena quizá le haya salvado la vida.

—¿Quién podría hacer una cosa así? —susurro.

Saca de las guías uno de mis cajones para buscar en el hueco sus cigarrillos de emergencia. En esta misma cómoda, mi padre guardaba dos ceniceros, porque no le bastaba con uno. Hasta que Juan Pablo lo proscribió, fumar era el pasatiempo nacional. Pero la expresión de Simón tampoco se ilumina cuando por fin encuentra lo que busca. El cajón se resiste a entrar de nuevo, así que lo sacude y toda la cómoda se tambalea.

—¿Por qué habría de venir a por nosotros? —pregunto.

Se desprende de la toalla con brusquedad y se pone los calzoncillos. Ahora veo por qué ha tenido cuidado con esa pierna: la piel está amoratada. Algo ha estado ciñendo con fuerza el músculo.

—No digas nada —dice al ver que me he dado cuenta.

Cuando los miembros de la Secretaría comienzan a acudir a cócteles y cenas de tres tenedores, sienten como si estuvieran traicionando el espíritu del sacerdocio. Así que recurren a las viejas soluciones. Algunos se flagelan. Otros llevan una camisa de crin o cadenas. Otros hacen lo que Simón: se ciñen un cilicio alrededor del muslo. Son remedios rápidos contra los placeres del trabajo en la embajada. Pero él debería saber que existen opciones más sensatas. Nuestro padre nos enseñó el sistema griego: ayuno, oración y dormir sobre un suelo frío.

—¿Cuándo empezaste...? —comienzo a decir.

—Para —me corta secamente—. Deja que me vista.

Hasta ahí ha llegado el sedal del carrete. Ahora lo que toca es salir de aquí.

Pedro aparece en el umbral, sosteniendo una montaña de pijamas con estampado de dinosaurios.

—¿Valdrá con esto? —pregunta.

Simón se mete rápidamente en el armario.

—Ven, Pedro —le digo, llevándomelo de nuevo a la cocina—. Vamos a esperar al tío Simón aquí fuera.

CAPÍTULO 4

El cuartel de la Guardia Suiza está en la misma calle que nuestro apartamento. No se permite la entrada a extraños, pero Simón y yo pasamos muchas noches en estos dormitorios comunales tras la muerte de nuestros padres. Los reclutas nos dejaban participar en sus carreras de entrenamiento, usar su sala de pesas, colarnos en sus celebraciones alrededor de una *fondue*. Tuve mi primera resaca entre estas paredes. La mayoría de nuestros viejos amigos han vuelto a Suiza a iniciar nuevas aventuras, pero el resto se han convertido en oficiales. Cuando los cadetes de la recepción llaman para consultar, nos dejan pasar de inmediato.

Estoy atónito al ver lo jóvenes que parecen los nuevos alabarderos. Si no supiera que deben pasar obligatoriamente un periodo en el ejército suizo, diría que acaban de salir del instituto. En el pasado, estos eran los hombres que más admiraba en nuestro país. Ahora son niños crecidos, diez años más jóvenes que yo.

El cuartel está compuesto por tres largos edificios, separados entre sí por patios en forma de pasillo. Los recién llegados duermen juntos en el edificio que da a la frontera con Roma. El edificio de los oficiales, que es al que vamos nosotros, es el que se sitúa más al interior, pegado al palacio papal. Subimos en el ascensor y llamamos al apartamento del mejor amigo que tengo en la Guardia, Leo Keller. Su esposa, Sofia, es quien nos abre la puerta.

–Ay, Alex, qué horror –dice–. No puedo creer lo que ha pasado. Entrad, entrad.

Las noticias corren como un reguero de pólvora en el cuartel.

Pedro exclama:

–¿Puedo tocar al bebé?

Y, antes de que Sofia pueda responder, ya ha colocado ambas manos sobre su barriga de embarazada.

Hago además de apartarlo, pero ella sonrío y pone sus propias manos sobre las de él.

–El bebé tiene hipo –dice–. ¿Lo notas?

Es una hermosa mujer, de figura liviana como la que tenía Mona y un porte también similar. Incluso el cabello recuerda al de mi esposa, de un tono pizarroso aclarado por el sol romano, de modo que en ocasiones forma un halo rojo alrededor de su rostro, como si fueran filamentos metálicos a punto de incendiarse. Hace un año que ella y Leo se casaron, pero todavía no puedo mirarla sin ver en ella lo que ya no está aquí. Los recuerdos de Mona que suscita y los apetitos que un hombre siente por su esposa hacen que me sonroje. También me hacen cobrar conciencia de una soledad que, por lo demás, he conseguido enterrar muy bien.

–Sentaos todos –dice–. Os traeré algo de comer. –Pero entonces parece cambiar de idea–. O, bueno, hagamos otra cosa. –Está mirando por encima de mi hombro, a Simón–. Yo me quedaré aquí con Pedro y los padres que se vayan abajo a beber algo.

Ha visto algo en sus ojos.

–Gracias, Sofia –digo. Me arrodillo delante de Pedro y añado–: Vuelvo enseguida para arroparte. Pórtate bien, ¿de acuerdo?

–Venga –me susurra Simón tirándome de la sotana–. Vámonos.

La cantina de la Guardia Suiza está en la planta de abajo del cuartel. Es un lugar mal iluminado, con cierto aire de mazmorra, en el que un puñado de lúgubres arañas de techo atraviesan con sus rayos un ambiente siempre nebuloso. Las paredes, decoradas con murales de tamaño natural que muestran a este ejército de quinientos años de antigüedad en su antiguo esplendor, en realidad se pintaron en vida de Juan Pablo. Su aspecto abocetado resulta tan bochornoso que el artista que los pintó –aquí, a la sombra de la Capilla Sixtina– debía creer por fuerza en la existencia del purgatorio.

Simón y yo nos dirigimos a una mesa vacía situada en un rincón mientras buscamos algo más fuerte que el vino. Por su tamaño, mi hermano necesita emplearse a fondo con la bebida para notar algún efecto. Sin embargo, lo único que tienen es vino, así que Simón ya se ha metido entre pecho y espalda su primera copa cuando le pregunto:

–¿Por qué iba a venir nadie a buscarnos?

Frota el pulgar contra las estrías de la gruesa copa, de cristal dentado como una granada explosiva. Su tono no puede resultar más sombrío.

–Si me entero de quién le ha hecho esto a Pedro...

–¿Piensas de verdad que puede tener relación con lo de Ugo?

–No lo sé –responde con una voz en la que palpita la emoción.

Saco la hoja impresa del bolsillo y la deslizo hacia él por encima de la mesa.

–¿Alguna vez te dijo algo parecido a ti?

Solo tarda unos segundos en leerla. Después vuelve a pasármela, con el ceño fruncido.

–No.

–¿Crees que podría significar algo?

Se recuesta en la silla y se sirve otra copa.

–Seguramente, no. –Posa el dedo gigantesco sobre la página, señalando la fecha del mensaje. Hace dos semanas.

Vuelvo a leer las palabras.

Querido Ugo:

Lo lamento mucho. Pero, a partir de ahora, creo que deberías pedir ayuda a otra persona. Puedo recomendarte a varios expertos en las Escrituras sobradamente cualificados para responder a tus preguntas. Házme saber si estás interesado. Te deseo toda la suerte del mundo para la exposición.

Alex

Abajo aparece el mensaje original de Ugo, el mensaje al que yo estaba respondiendo. Estas fueron las últimas palabras que me escribió.

P. Alex: Ha surgido algo. Urgente. He intentado llamarte, pero sin respuesta. Por favor, ponte en contacto conmigo enseguida, antes de que esto se sepa.

Ugo

–¿Y a ti nunca te habló de esto? –pregunto.

Simón niega pesaroso con la cabeza.

–Pero que no te quepa duda –dice–: voy a averiguar qué está pasando.

En su tono se aprecia una pizca de esa superioridad típica en quien trabaja en la Secretaría. Tú espera mientras nosotros salvamos el mundo.

–¿Quién podía saber que esta noche te quedarías en el apartamento? –sigo preguntando.

–En la nunciatura todos estaban al corriente de que iba a tomar un vuelo para asistir a la exposición. –La nunciatura: la embajada de la Santa Sede–. Pero –añade– no les dije dónde me alojaría.

Por su forma de decirlo, se intuye que también eso le molesta. El Vaticano tiene un pequeño listín telefónico en el que se recogen los números privados y del trabajo de la mayoría de sus empleados, incluidos los míos. Pero no los domicilios.

–¿Y cómo es posible –pregunto– que alguien llegue tan rápidamente desde Castel Gandolfo hasta aquí?

Simón se toma su tiempo para responder. Hace girar la copa entre las palmas de la mano y, finalmente, dice:

–Es probable que tengas razón. No es posible.

Con todo, no lo dice aliviado. Solo parece querer tranquilizarme.

En la lejanía, las campanas de una iglesia dan las diez de la noche. Comienza el cambio de turno. Observamos a los guardias, que aparecen con sus uniformes de faena nocturnos, ya acabada su ronda, y empiezan a inundar la habitación como una marea humana. Resulta evidente que aquí no hallaremos refugio contra las conmociones de la noche. A estos hombres, mientras estaban de guardia, les han ido llegando las noticias de Castel Gandolfo. Ahora Simón y yo somos aquí celebridades, algo que no habíamos previsto.

El primero que se sienta con nosotros es mi viejo amigo Leo. Nos conocimos una primavera, durante mi tercer año de seminario, en el funeral por el único asesinato en suelo vaticano que soy capaz de recordar, aparte del de hoy. Un guardia suizo había matado a su oficial en el cuartel y luego se había disparado con su arma de servicio, y Leo fue el primero en acudir al lugar aquella noche. Mona y yo cuidamos de él durante el periodo de más de un año que tardó en recuperarse, organizando incluso citas de dobles

parejas con mujeres que no encontraron ninguna ventaja en un extranjero mal pagado y obligado, por juramento, a no hablar de los recuerdos que lo atormentaban. Cuando Mona se fue, en cambio, fue Leo quien ayudó a Simón a cuidarme a mí. En su boda con Sofía la pasada primavera estaba previsto que yo oficiara la ceremonia hasta que el cardenal Ratzinger les hizo el honor de presentarse voluntario. Hoy, después de muchos años de aflicción, ambos tenemos hijos. Ver su cara esta noche es una alegría. La nuestra es una amistad de supervivientes.

Simón levanta un poco su copa, para saludar la llegada de Leo. Un puñado de cadetes siguen a su jefe hasta nuestra mesa. Bien pronto se suceden las rondas de vino y cerveza. Los vasos se entrechocan. Tras las horas de forzada inmovilidad, los brazos y las bocas se mueven con entusiasmo. Aquí los hombres suelen hablar en alemán, pero alternan el italiano para que podamos participar. Sin darse cuenta de que somos tan solo amigos de su jefe, empiezan a hacerse unos a otros preguntas inapropiadamente militares:

—¿De qué calibre era la bala?

—¿En la frente o en la sien?

—¿Un solo disparo tuvo suficiente poder de parada?

Pero todo cambia en cuanto Leo les dice quiénes son estos invitados.

—¿Tú eres el del apartamento al que entraron a robar? —me pregunta uno de ellos, emocionado.

Empiezo a ser consciente de cómo estas historias se van a propagar por el Vaticano. Mi primera intuición es que esto es peligroso para Simón. Los miembros de la Secretaría deben evitar el escándalo.

—¿Han cogido a alguien los gendarmes? —pregunto.

Se produce cierta confusión con respecto a qué hecho concreto me estoy refiriendo hasta que Leo dice:

—No, en ninguno de los dos casos.

—¿Alguno de mis vecinos vio algo?

Leo niega con la cabeza.

El asesinato de Ugo, sin embargo, es lo que fascina a estos muchachos.

–He oído que no dejan ver el cuerpo a nadie –dice un cadete.
–Y yo he oído que había algo raro en las manos o en los pies
–añade otro.

Se equivocan. Yo he visto el cadáver de Ugo con mis propios ojos. Pero, antes de que pueda decir nada, otros hombres hacen varios chistes crueles sobre estigmas. Simón golpea con el puño en la mesa y ruga:

–¡Ya basta!

El silencio es instantáneo. Simón reúne todos los atributos de la autoridad exigibles en el mundo de estos muchachos: alto, imperioso, sacerdotal. Y, ahora que lo pienso, a sus treinta y tres años también debe de parecer viejo.

–¿Tienen idea de cómo podría haber entrado alguien en los jardines? –pregunto.

Los hombres parlotean como loros en una pajarera. Hay consenso: no.

–Entonces, nadie vio nada... –insisto.

Finalmente, es Leo quien contesta:

–Sí, yo.

Se hace el silencio alrededor de la mesa.

–La semana pasada –dice–, cuando hacía el tercer turno en Santa Ana, paró un vehículo para solicitar la entrada.

Santa Ana es la puerta situada junto a este cuartel. En ella hay guardias suizos apostados las veinticuatro horas del día para controlar a los coches procedentes de Roma. No obstante, durante el tercer turno las puertas fronterizas están cerradas. Por la noche no se permite entrar a nadie en nuestro país.

–Eran las tres de la madrugada –prosigue Leo– cuando un camión de carga empezó a darme luces. Le hice señal de que parara, pero entonces el conductor se bajó.

Los hombres hacen una mueca de desagrado. No es lo que manda el protocolo. Los conductores deben bajar la ventanilla y enseñar su documentación.

–Me acerco –continúa Leo– junto con el soldado de primera Frei en posición de apoyo. El chófer tiene permiso de conducir italiano. Y, mira por dónde, también tiene permiso de entrada. Adivinad quién firma ese permiso.

Espera. Estos hombres son todavía demasiado jóvenes para que las posibilidades los tengan en ascuas.

–Estaba firmado –dice Leo– por el arzobispo Nowak.

Se oyen silbidos. Antoni Nowak es el sacerdote secretario de más alto rango del mundo. La mano derecha del papa Juan Pablo II.

–Le digo al soldado de primera Frei que llame arriba –sigue Leo– para confirmar la firma. Mientras tanto, echo un vistazo en la trasera del camión. –Se inclina hacia delante–. Y allí hay un ataúd, tapado con una sábana y con algo escrito en latín encima. No me preguntéis qué ponía, pero bajo la sábana hay un féretro grande de metal. Y «grande» quiere decir «grande».

Alrededor de la mesa, los alabarderos se santiguan. Aquí, en este cuartel, cualquiera que oiga mencionar un ataúd de metal piensa lo mismo. Cuando un papa muere, se le entierra en un féretro triple. El primero de ciprés, el último de roble y el del medio de plomo.

La salud de Juan Pablo ha sido objeto de constante preocupación. Está débil. No puede caminar. Su rostro es una máscara doliente. El cardenal secretario de Estado, el segundo hombre más poderoso de la Santa Sede, ha roto el código de silencio para afirmar que un retiro anticipado es posible y que, si la salud del papa no le permite ejercer su gobierno, dejar el cargo se convierte en una cuestión de conciencia. Los periodistas acechan como buitres, hasta el punto de ofrecerse a pagar a los habitantes del Vaticano por cualquier indicio de información. Me pregunto por qué Leo se arriesga a contar una historia como esta ante un público tan poco avezado.

Pero él mismo responde la pregunta cuando dice:

–¿Y a quién creéis que me encuentro sentado al lado del ataúd, en un banco? El nombre de su carné de identidad dice «Nogara, Ugolino». –Leo raspa suavemente en la mesa con los nudillos–. Un minuto después, nos devuelven la llamada. El arzobispo Nowak confirma el permiso de entrada. El camión se aleja y esa es la última vez que veo el ataúd y a Nogara. Pues bien: que alguien me explique lo que significa eso, por favor.

Parece un cuento de fantasmas, una ensoñación que se ha injerido en las oscuras horas del tercer turno. Estos son hombres supersticiosos.

Antes de que nadie pueda responder, Simón se levanta. Farfulla

alguna cosa similar a «estoy enfermo», o más bien a «esto me pone enfermo». Sin excusarse ni despedirse, sale de la cantina.

Me pongo de pie y voy tras él, sintiendo el cuerpo torpe al caminar. La historia de Leo ha aportado una perspectiva enormemente novedosa a la muerte de Ugo. Estos guardias suizos no se han dado cuenta, porque ya han quedado atrás los tiempos en que cualquier católico romano que hubiera estudiado unos pocos años sabía latín. Pero mi padre educó a sus hijos para que supieran leer en griego y latín, así que sé cuáles eran las palabras que Leo vio en esa sábana funeraria. Forman una oración: «*Tuam Sindonem veneramur, Domine, et Tuam recolimus Passionem*».

En la oscuridad, Leo apenas debió de distinguir nada y solo pudo hacerse una vaga idea de las dimensiones de la caja, porque ese ataúd era demasiado grande para un papa. Yo lo sé, porque lo vi una vez con mis propios ojos.

Sé lo que Ugo estaba escondiendo.